



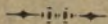
TIPOS ARTÍSTICOS, POR REYU.



Viendo ese semblante hermoso,  
aunque el oso deje duda  
de si es manso ó es furioso...  
¡me parece á mi que ese oso  
no se la comerá cruda!



## El bigotito (1)



La lámpara que pendía del techo derramaba melancólica luz—como dijo Espronceda—sobre una mesa, no de pintado pino, sino de encina y cubierta por tupida funda, haciendo resaltar (la luz) con más viveza el rostro de nuestros cuatro personajes y el brillo de sus ojos picarescos y animados.

Román y Luisa se decían cositas al oído, rozándose el cutis, al agacharse para oírlas.

Emilio, un adolescente, que acudía por vez primera con su prima á aquella casa, se encontraba *cortado*, como vulgarmente se dice. Ella que aprovechaba las vacaciones para *correr mundo* y ver cosas nuevas que poder luego contar á las compañeras de su triste alojamiento, él que entre ellas llevaba fama de atrevido, no movía siquiera la cabeza en presencia de Adelaida, que era una jóven de níveo rostro y de ademanes un tanto sueltos.

Su primo entretanto parecía estar azogado; tal era su constante movimiento de brazos y piernas y aquel continuo abajamiento de cabeza, que no parecía sino que buscaba alguna cosa entre los pliegues de la camilla y los del vestido de Luisa.

Adelaida se aburría soberanamente.

¡Era tan soso el colegio!

Emilio daba vueltas á su imaginación, como cuando buscaba las respuestas que había de dar al dómene que le preguntaba cosas que no había estudiado.

¡Hablaban tan poco aquella chica!

Ambos se miraban, abrían la boca, y... no se decían nada.

Luisa se aproximó un poco á él.

—Tiene V. frío?—preguntó con voz mimosa.

—¿Frío? Si, señora; es decir, no, pero...

—¿En qué quedamos?

—Quedamos en que me arde el corazón, á pesar de que tengo las manos heladas.

—¡Ja, ja! Es gracioso eso. ¿Con que el corazón helado y las manos calientes?

—¿A ver?

Y con la mayor monería le estrechó entre las suyas las manos, que al hallarse en tan hermosa cárcel sintieron un tibio calorcillo, del cual no querían desprenderse, á juzgar por lo que se apretaban.

—¡Ay! me hace V. daño.

—Más me lo hace V. á mi con esos ojazos que me asesinan.

—¿Esas cosas aprende V. en el colegio?

Román y Luisa volvieron la vista, ya escandalizados de aquel frenesí, ó bien para

dedicarse al suyo, que no era pequeño, según el movimiento que imprimían á las sillas, y hasta iba á decir á sus manos, sin pensar en que éstas habían desaparecido entre la cubierta de la camilla.

La luz del quinqué iba disminuyendo su ardor, á medida que aumentaba el de aquellos muchachos.

Hasta en los quinqués hay individuos á quienes no gusta ser molestos.

Emilio se aprovechaba de la falta de luz para hacer movimientos gimnásticos.

Adelaida llegó por motivo tan baladí á incomodarse, ó á hacer que se incomodaba.

—¿Pero no sabe V.—le dijo—que la gimnasia es peligrosa á su edad?

—No, cuando se tiene un desarrollo...

—Es usted tan jovencito...

—Ya he cumplido veinte años.

—Si pero como tiene V. tan poco bigotito...

—¿Poco bigotito? ¿Para qué quiero más?

A todo esto la luz alumbraba tan débilmente que sólo al tacto podían reconocerse las personas.

Román y su amiga que tenían que hablar algo en secreto se retiraron á un rincón de la estancia, el sitio mejor acondicionado de ella.

Allí había un sofá y no sé qué más, pues no viene á pelo dar detalles de la sala.

Emilio, en tanto, discutía sobre la cabelluda cuestión de su bigotito.

Llegó un momento en que la luz ya no alumbró, ni poco ni mucho.

Las dos parejas cesaron de hablar fuerte y sólo dejaban oír á ratos algunos suspiros.

Adelaida lanzó de pronto un agudo grito.

Román y Luisa se atrevieron á preguntar la causa.

—No es nada—contestó.—Este atrevido me ha hecho daño con sus bigotes.

—¡Ja! ¡ja! ¿Pues no decías que eran imperceptibles?

Volvió á reinar el más absoluto silencio, tan solo interrumpido por algunos quejidos de Adelaida, pero menos fuertes que los anteriores.

¿Sería que la picaban los incipientes bigotillos del estudiante?

Cuando por las vidrieras del balcón penetró una tenue y débil luz Román y Luis comprendieron que era tarde y debían retirarse.

Pero al despedirse, Román no pudo menos de decir á Adelaida:

—¿Verdad que es lástima que mi primo tenga tan poco bigotito?

A lo que contestó ella conturbada:

—¿Pequeño? ¡Pues apenas si pincha! ¡Dios mío, si lo llega á tener más largo!

LEÓN FOGOSO.

(1) Por indisposición de Canuto Blanco no podemos dar á los lectores la correspondiente crónica semanal y publicamos en su lugar este artículo.



## Nocturno

Es una noche lluviosa  
á mitad del mes de enero;  
la lluvia *arrecia* de firme,  
sopla con fiereza el viento,  
y á obscuras están las calles  
y obscuro se encuentra el cielo.

De pronto se oye un chirrido  
de la noche en el silencio,  
y en una casa un balcón  
se va lentamente abriendo.

Una niña encantadora  
se asoma con gran misterio,  
hace señas con la mano,  
tose dos veces muy quedo,  
y en las sombras de la noche  
agita el blanco pañuelo.

Del *portalito* de enfrente  
obscurito, bajo y estrecho,  
sale un doncel embozado  
hasta al ala del sombrero;  
al llegar bajo el balcón  
se desemboza en silencio  
y enseña á su novia un lío...  
(¡Vaya un lío, caballeros!)

—¿Qué es eso, Roberto mío?—  
pregunta la dama al verio;  
y al ver que sólo responde  
á su pregunta el silencio,

le dice con voz más dulce:

—¡Roberto mío, ¿qué es eso?

—Esto, Luisa de mi alma,  
es una escala...

—¡Roberto!

—Una escala con la cual  
quiero escalar ese cielo.

—¡Tú me faltas!

—No te falto.

—¡Tú me ofendes!

—No te ofendo

—¡Mi dignidad, mi decoro,  
mi pudor, mi fe...!

—¡Silencio!

Cállate, por Dios, mi Luisa,  
que está durmiendo el sereno,  
y al hablar de dignidad  
le has hecho dar un bostezo.—

Se puso la capa al brazo,  
se caló bien el sombrero,  
y desdoblado la escala  
tiró al balcón un extremo,  
que prendió en la barandilla,  
con sus dos garfios de hierro.

Miró si estaba segura,  
trepo por ella al momento,  
y oyó á la dama que dijo: [to!  
—¡Que cierro el balcón, Rober-

—Cierra si puedes mi Luisa,  
dijo llegando el mancebo;  
cierra si puedes, que ya  
entre mis brazos te tengo.

—¡Suéltame, infame, atrevido,  
perjuro, mal caballero...!—  
Y Dios sabe cuántas cosas  
seguiría así diciendo  
si no la ataja el doncel  
dándole en la boca un beso.

Al chasquido de los labios  
se sobresaltó el sereno;  
echó mano al farolillo,  
y sus rayos dirigiendo  
á través de las tinieblas  
hacia el lugar del suceso,  
exhaló al aire un suspiro  
y dijo escamado: — ¡Cuerno!—  
Y al mirar la calle obscura,  
y el obscuro firmamento,  
y al ver que también pasaba  
de *castaño obscuro* aquello,  
resignado con su suerte  
de espectador sempiterno,  
se alejó el pobre cantando:  
—¡Las once y media... y llo-  
[viendo!

JOSÉ BORRAS.

## Cosas del día

—¡Te suplico, que si me amas, no repitas  
esa frase!

—¡Pero, chica! ¿pones en duda mi cariño?

—¡Sí!

—¿De modo, que, por pedirte un beso, du-  
das de mi amor?

—Sí, porque un hombre que ama de buena  
manera á una mujer, no debe en concepto  
alguno molestarla en lo más mínimo, y más,  
tratándose de una mujer que ha de llevar tu  
nombre.

Esta conversación estaba sostenida por  
una joven de ojos negros y rasgados, de ro-  
stro encantador y candorosisima mirada, y  
un hombre, joven también, pero con todo el  
aspecto, á pesar de sus elegantes maneras,  
de un calaverón.

La niña estaba disgustadísima de todas  
veras y su novio trataba de hacerla sonreír.

—¡Mira, Adela! ¡no seas niña! ¡no com-  
prendes lo que es mi amor puro, un amor

sincero, un amor, en fin, como el que yo te  
profeso? ¿Pues no ves que, tú y sola tú, eres  
mi idolo, mi único bien? ¿por qué no accedes  
á mi demanda? ¿por qué no dejas que mis la-  
bios se posen sobre los tuyos?

—Por Dios, Ricardo, exclamaba la atribula-  
lada niña, no hagas que falte al decoro de  
una joven digna, no quieras que me enrojezca  
entre nadie, en presencia tuya; si tanto  
me quieres, aguarda á ser mi esposo y en-  
tonces me besarás á tu gusto.

—Bien se ve que no me amas, Adela; bien  
se conoce que no soy para tí más que un  
mero capricho, y no me tienes ni la consi-  
deración de mirarme como tu futuro es-  
poso.

—¡Así me amaras tú como yo á tí, ingrato!  
¡no sabéis más que abusar de nuestra debili-  
dad!

—¡Si tú vieras, Adela mía, lo que en mi in-  
terior pasa, lo que siento estando á tu lado,  
lo que experimenta todo mi sér cuando tus  
ojos encantadores se fijan en los míos y reci-  
ben los rayos de tu amor! ¡cómo era así po-



LA MORAL PUBLICA, POR LAGO.

Dedicada al Fiscal que nos denuncia.



El Neptuno de la Riba;  
los ojos... los tiene arriba,



Esto es de la misma fuente;  
un detallito... de frente.



Relieve fresco y guason  
del monumento á Colón.



Del patio de la escuela  
de Bellas Artes;  
un surtidor que mana...  
por todas partes.



Y de la isla del Parque este... animal,  
que hace punto final.



MESA REVUELTA, POR REYU



Me parece que para ser la primera vez que me lo ofreces no dirás que mojo con miedo.



—¿Ven Vdes. esta manzana? Pues se la doy al primer Adán que pase.



—Vengo á ver si me tiene V. dispuesto el traje para el estreno de esta noche.  
—Aquí está.  
—¡Pero hijo!... ¡Con una hoja tan pequeña no me voy á poder tapar... nada!



—¿Tú siempre con tu perrito?  
—¿Qué he de hacer? ¡Es el único que me consuela de la pérdida de mi marido!



sible, Adela mía, que tú no me dieras el beso que te he pedido! ¡Si tú experimentarás esa emoción que te digo, tú misma, impulsada por los ardientes deseos de tu corazón, lo harías, hasta sin yo indicártelo.

—¡Qué vergüenza! exclamó ruborizada la niña; hacer yo eso sin que me lo dijeran.

—¿Cómo es posible que una mujer, que en algo se estima, haga una cosa así!

—Además, el amor puro, el amor santo, es del corazón y no de los labios, como tú dices!

—Bueno, quiere decir que ni me amas, ni me has amado nunca, que me aborreces; porque si no me aborrecieras ¿cómo habías de permanecer impávida al demandarte con un beso, la vida que me falta, el aliento que al ser tuyo me embriaga, me enloquece?

—No insistas, Ricardo, por Dios te lo pido.

—¿Cómo es posible! ¡mira! con tu cintura entre mis brazos, tu blonda cabellera sobre mi hombre, tu seno palpitante al lado y en contacto con mi pecho, donde los latidos de mi corazón son fuertísimos... así, Adela mía... así.

Ricardo, que a la palabra unía la acción, colocó a Adela tal y como dejamos indicado.

La luz de la tarde declinaba, las sombras llenaban por completo la habitación. La enamorada pareja reclinada en la elegante otomana continuaba su dulce coloquio.

Oyóse un sonoro y prolongado beso seguido de algunos más. De repente...

—¡Una luz! gritó Adela, con voz sofocada.

Una doncella apareció, colocando un quinqué sobre la repisa de la chimenea y retirándose al punto.

Cuando estuvieron solos:

—¡Gracias, Adela mía, díjola Ricardo lleno de entusiasmo. Gracias!

—¿Ves como hacía yo bien en negarte el beso? repuso ella. ¡Bien sabía que no se trataba de semejante bicoca.

Desde entonces, según hemos podido observar, todos los días al oscurecer, y por seguir la costumbre, pide Adela la luz, con voz bastante alterada.

E. DUARDO.

## El pudor de una coqueta

Amaba Rosalía con locura á su primo Roberto, que era un muchacho esperto de aire marcial y de gentil figura, y, como es consiguiente, ambos novios cambiaron sus retratos para poderse ver aun en los ratos en que no se veían frente á frente.

La hermosa Rosalía cogió un día la efigie de su amante, y poniéndola un marco muy flamante, colgó el marco en la alcoba en que dormía.

Mientras la tarde avanza, la linda joven, loca de contento, al retrato aquel, sola en su aposento, tributa los honores de ordenanza; pues, brillando sus ojos cual zafiros, caricias se entretuvo en prodigarle,

empeñada sin duda, en querer darle vida á fuerza de besos y suspiros.

Llegó la noche oscura; Rosalía sus púdicos contornos á la vista dejó, sin los adornos que aprisionaban su ideal figura; y cuando iba á meterse de cabeza en el lecho, ofendiendo su recato, vió delante al mancebo en el retrato, mirándola con sin igual fijeza.

Al pronto, quedó inmóvil, indecisa; una ola de rubor tiñó su frente, la cual quiso ocultar tímidamente por entre el canisú de su camisa.

Después, al reponerse con trabajo, cogió la cartulina, dióla un beso, y diciendo:—¡aún es pronto para eso!—la puso boca abajo.

F. ROIG BATALLE.

## Abusos... abusivos.

¡Ay doctor! mi niña sufre tal tormento con el panadizo que tiene en el dedo, que ya no le bastan emplastos, ungüentos baños, cataplasmas... todo se lo ha puesto; de todo ha probado y el dedo creciendo,

y dando á mi hija horribles tormentos. ¡Mándela V. algo! ¡Recétela presto á ver si se calma su martirio horrendo. —¡Señora! La enferma por lo que yo veo siempre se está urgando en el sitio enfermo

y, es claro, que el sobo determina luego congestión tan grave... que, yo lo confieso, va á ser imposible cure en algún tiempo si V. no la impide... que abuse del dedo.

SIN...ESO DELGADO.



## Diálogo

—(Aquí debe ser la casa.)  
Muy buenos días.

—Muy buenos  
los tengan ustedes.

—Gracias.  
¿Esta es la casa de empeños?

—Sí, señor: ¿qué se le ofrece?

—¡No sea usted vivo de genio!

Tenga usted paciencia, que

con ella se gana el cielo.

—¡Hombre! dispénsame usted

si le ofendí.

—Pus ¡por eso!  
¿No ve usted que esta señora

se viene casi cayendo,

porque acaba de subir

quince escalones lo menos?

—Pues... que descanse un rati-

Señora, tome usted asiento [to.

—Pero oiga usted, so panoli:

¿voy á sentarme en el suelo?

—Vamos á ver; tu te *cayas*.

—Tenga usted una silla.

—Bueno.

Pus, ahora que está sentada,

explicaré á usted el *ajeito*  
de mi venida á esta casa

de presta... ¿qué?

—Sí; de préstamos

—Querrá usted decir *prestamos*

—No, señor...

—Pus ¡no lo entiendo!

¿No son *ustés* los que prestan?

Pus entonces...

—Bueno, bueno...

Sírvase usted continuar...

—Espérese usted un momento...

¿No tengo prisa!... Pus, sí:

yo sé que usted da dinero

sobre prendas.

—Si, señor:

prendas y demás efectos

que convengan.

—Convenido.

Pus, yo le traigo á usted *esto*.

—¿El qué? . ¡¡Su mujer!!

—Pus ¡claro!

—Dispense usted... No com-

[prendo...

—Pus, hijo, no es necesario

ser *mú* listo *pa* entenderlo.

¿No dice usted, señor mío,

que aquí se empeñan—no es

[eso,—

prendas?... ¿Y le *paece* á usted

que *ésta* no es prenda de *méri*.

—Pero; señor: las mujeres [to?

no son prendas.

—(¿Qué mastuerzo!

¿No dice que no son *prendas*!

—¿Que han de ser?

—(Otra te pego!

—¡Cuidado!... Lo de pegar,

¿sabe usted? habrá que verlo

—¡No hay que subirse á la parra!

Si es un decir... Resumiendo:

¿se queda usted con la prenda?

—No, señor; yo no me *quedo*

con su mujer.

—Pero ¡qué

mujer ni qué niño muerto

¿No dice usted que *quíe* prendas?

Pus... ¡*ndá*!... ¡Menudo *chaleco*!

CARLOS MIRANDA.

## Chismes y cuentos

Lo juraré, por si no lo quieren Vds. creer.

¡Así le salga un grano en donde yo diga, al  
cajista que en uno de los sueltos de nuestro  
número último puso «inoculado» por «inventado»,  
que es lo que yo había escrito, si no es verdad  
que nos han denunciado el susodicho último  
número!...

¡Cristo, con los cajistas!

¡Y se quedan ellos luego tan descansados,  
como si hubieran parido... un conservador!

La escuadra ha abandonado ya nuestras  
aguas, dejando sumidos en la mayor tristeza  
á los aficionados á la marina y á otras cosas.

Hay joven que durante el tiempo que estuvo  
anclado el *Pelayo*, ha perdido muchos kilos  
de peso.

Porque durante el día se pasaba horas enteras  
debajo de la escalerilla, viendo subir á las  
señoras y admirando sus bajos, y por la noche,  
impresionado, soñaba que el *Pelayo* le  
transportaba á Manila.

¡Y traen tantos perjuicios estos viajes!...

—De la tela que llevó  
mi niña ayer ¿hay, Meneses?

—Con ella se me agotó;

y lo siento, pues... gustó  
y no me vendrá en dos meses

VERDOS Y DADES.

Días pasados riñeron en Málaga dos amantes,  
abofeteando la hembra al galán tan despiadadamente,  
que á no ser por la oportuna intervención  
de algunos vecinos, Dios sabe en qué estado  
le hubiera dejado.

No entendemos que las leyes del honor  
autoricen estos desafíos heterogéneos.

Por más que el honor, según se dice, no  
intervino allí para nada.

Lo cual, que aun después de la riña no  
quedó en su puesto.

Lo del honor había sido cosa de antes.

La hermosa Luisa Barrada,  
señora muy distinguida,  
dice que en toda su vida  
jamás se ha visto montada.  
Y su esposo Cuernoller,  
como no sabe montar,  
se complace en afirmar  
lo que dice su mujer.

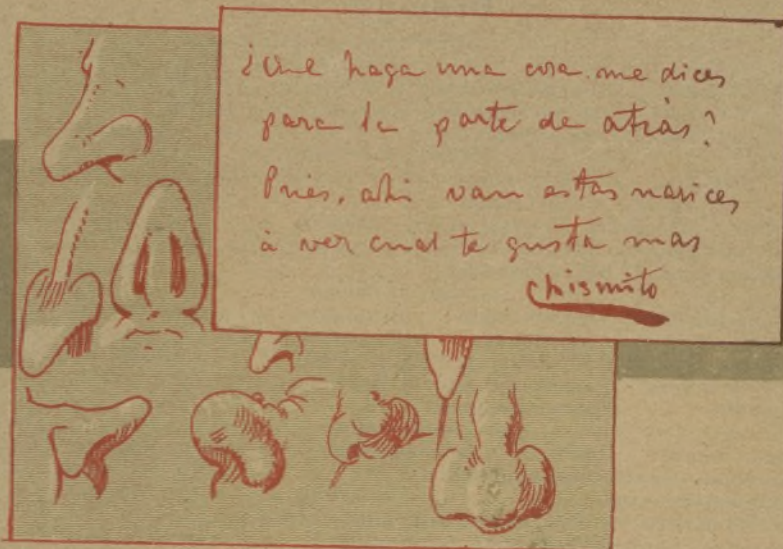
Por ir en tren á Sevilla  
la bella Isabel Anton  
y la hermosa Encarnacin  
se hicieron una tortilla.

J. CARBONELL.

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, pasaje.



GUASITA, POR CHISMITO.



¿No les parece á Vdes. que podríamos decirle al dibujante que se meta las narices donde le quepan?

## ANUNCIOS

EL CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE

**EL CHISME**

EN MADRID ES

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE **EL CHISME**

EN LA CORUÑA

D. TOMAS LABANDEIRA

Torre, núm. 23, bajos.

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE

**EL CHISME**

EN VALENCIA

D. Julian Peris Mencheta

Entenza, número 40

UNICO EXPENDEDOR

AL POR MAYOR

DE

**EL CHISME**

EN BARCELONA

D. JUAN TASSO

Kiosco Rambla de las Flores, frente á la calle Hospital

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE

**EL CHISME**

EN SEVILLA

D. JOAQUIN NADAL

CAFÉ SUIZO.

CORRESPONSAL EXCLUSIVO

DE

**EL CHISME**

EN CADIZ

D. JUAN RUBIO LOPEZ

Sacramento, número 25

## EL CHISME

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores escritores y los más renombrados dibujantes

Administración: Calle de Fortuny n.º 15, entresuelo.

PRECIOS DE VENTA:

Número suelto. . . . . 10 céntimos.

Id. atrasado. . . . . 25